

BLIZZARD ENTERTAINMENT

# Inquebrantable

---

Matt Burns

*“Cuando soplan vientos malignos, el árbol que se doble se quebrará.”*

Zhota no podía silenciar las palabras de despedida de Akyev que, desde las últimas dos semanas, venían pisándole los talones. En el día, el recuerdo de la voz de su maestro sólo era un susurro, sin embargo, se convertía en un estruendo al caer la noche.

Esta noche sería igual... sabía que se le pondría a prueba una vez más.

Los vientos arreciaban, aullando por la Gorgorra cual último aliento gélido de un dios moribundo. El frío mordisqueaba sus cintas verdes, blancas y azules, calando hasta los huesos. En años previos aguantó sin chistar los cortantes vendavales de montaña afuera del Monasterio del Cielo Flotante, mas este viento era distinto. Poseía una urgencia que le inquietaba, como si los dioses del bosque bulleran de miedo.

Zhota caminaba de un lado al otro en el borde del campamento, dando suaves golpes con su bo al suelo cubierto de liquen. Mohosos pinos y abedules se alzaban imponentes en torno al claro que eligió para pasar la noche. Éstos se encontraban situados junto a un roble muy antiguo, cuyas nudosas ramas retorcidas se arqueaban sobre el lugar casi de modo protector.

Los dos hombres recostados cerca de la fogata aún dormían, envueltos en mantas de lana gastada. Zhota tenía la esperanza de pasar la noche a solas, pero los refugiados arruinaron el plan cuando lo hallaron justo después del anochecer. El deseo de negarles espacio fue incisivo, pero su maestro le prohibió de manera explícita rechazar a cualquier viajero.

—Extiéndeles la bienvenida con los brazos abiertos pero protege tu corazón, —ordenó Akyev. —Obsérvalos con cuidado, ya que si los ha mancillado algún dios del caos harán todo lo posible por evitar tu mirada.

El monje obedeció, examinando a los extraños a conciencia. No le tomó mucho tiempo determinar que se encontraban libres de corrupción. Los hombres delgados de ojos fatigados eran un padre canoso y su hijo de veinte años, únicos sobrevivientes del ataque de una banda de salvajes khazra. Los asquerosos hombres cabra tomaron por sorpresa la aldea de los refugiados y la transformaron en un cementerio humeante.

Los hombres provenían de una zona de la Gorgorra que mantenía vínculos religiosos y culturales con Ivgorod. Se dirigían al norte, hacia la seguridad que ofrecía la ciudad y, pese a los horrores que habían enfrentado, padre e hijo estaban llenos de esperanza. Creían que el encuentro con Zhota era señal de que el dios del destino los miraba con aprecio. El monje casi se sintió cruel al escucharles parlotear acerca de la vida que tendrían dentro de las murallas de Ivgorod, pues sabía en su corazón que lo más seguro era que muriesen antes de llegar ahí.

Mientras se preparaban para dormir, le ofrecieron lo que quedaba de sus escasas provisiones a cambio de su estadía en el campamento. Zhota fingió educadamente el deseo de aceptar y luego rechazó el obsequio. A decir verdad, no quería tener nada que ver con los refugiados. Había aprendido a no relacionarse con aquellos que conocía en la Gorgorra por miedo de que se convirtieran en obstáculos.

—Entonces presentaremos doble tributo a los dioses, —dijo el padre con amabilidad. — Fueron en verdad gentiles de habernos guiado hasta usted, oh divino. Nada en la Gorgorra es lo que aparenta.

*En efecto, quiso responder Zhota. Ni siquiera yo.*

Las palabras del hombre con respecto al bosque eran ciertas. Zhota creció escuchando cuentos acerca de la parte antigua de la Gorgorra, ubicada al sur de Ivgorod. Incluso los árboles más jóvenes tenían una edad muy avanzada cuando se fundó la orden monástica. Desde siempre se le inculcó que el equilibrio entre los mil y un dioses del orden y del caos era inmutable en este lugar. Zhota se preguntó qué dirían los monjes ancestrales si tuvieran la posibilidad de ver el aciago crisol en el que se había transformado el bosque.

Zhota prosiguió con sus rondas por el campamento, repitiendo un mantra que abría su mente hacia el bosque cercano, donde sus ojos no podían ver nada. Percibió algo que se movía en la oscuridad, una presencia que notó cuando la noche aún era joven. De manera lenta, casi metódica, dicha presencia se había vuelto más fuerte con el paso de las horas, como si se aproximase al campamento. La piel de Zhota se erizó al sentirse observado desde todas direcciones por cientos de ojos; las formas verdaderas de los observadores, no obstante, permanecían ocultas. Peor aún, ninguno de los dioses del orden que moraban en el bosque habían respondido a sus oraciones para revelar la fuente de la presencia. Las deidades eran indiferentes... poco confiables.

Los dioses llevaban semanas actuando así, desde que el fuego celestial ardió sobre Ivgorod y se estrelló en algún punto al sur del reino. A su paso, los dioses del caos y sus engendros demoníacos comenzaron a merodear por el bosque, mientras bandidos saqueaban con impunidad los poblados aislados en la Gorgorra. Había gran cantidad de explicaciones y nombres distintos para el cometa, pero el augurio de malos tiempos era lo único que tenían en común. En ninguna otra parte eran las sombras algo tan dominante como en los densos bosques montañosos que le rodeaban. Sin embargo, descubrir el significado de tal fenómeno no era responsabilidad de Zhota. Otro miembro de la orden, un monje sin igual al que siempre había estimado en gran medida, fue enviado para obtener más información con respecto al fuego celestial.

Zhota se impacientaba conforme avanzaba la noche. Parecía que la fuerza profana que merodeaba en los bosques estaba jugando con él. Su mano pasó sobre los cientos de glifos y

proverbios que grabó en su bastón. Serpenteaban alrededor del arma de extremo a extremo en patrones complicados y cada uno constituía un recordatorio de su entrenamiento. Zhota leyó las inscripciones en voz alta con la esperanza de hallar algo de claridad o determinación. Contrario a ello, surgieron recuerdos de sus fracasos bajo la tutela de Akyev.

Recitaba las lecciones entre dientes cuando los vientos se convirtieron en un susurro.

En la distancia, un crujido agudo —similar a madera seca crepitando entre las llamas— retumbó por la Gorgorra; seguido de otro y otro. Los extraños ruidos, escasos y débiles en un principio, aumentaron rápidamente en frecuencia y volumen; provenían de todas direcciones alrededor del campamento. Zhota forzó la vista y miró hacia la oscuridad mientras los sonidos se convirtieron en un tumulto ensordecedor de ramas y madera astillándose. Vio filas de árboles agitarse en las cercanías del claro, cobrando vida en olas sucesivas que estaban cada vez más próximas.

El movimiento se detuvo en la orilla del campamento y una calma muerta inundó el bosque.

El viejo y su hijo se incorporaron trabajosamente, adormilados aún.

—¿Qué ocurre? —Preguntó el padre.

Zhota alzó la mano para indicar silencio y se aproximó lentamente a la oscuridad, un abismo negro carente de movimiento y forma, cargado con la presencia de lo que ahora reconocía como esbirros de los dioses del caos. Aunque no podía verlos, estaban tan cerca que el monje sentía que era posible tocarles con tan sólo estirar el brazo. Se encontraban en todo lo que le rodeaba, la tierra, el agua y los árboles.

*En los árboles.*

Cuando Zhota cayó en la cuenta de esto, el suelo se movió bajo sus pies. Gran cantidad de raíces de árbol surgieron con violencia, regando tierra por doquier y lanzándolo por los aires. El monje rodó para amortiguar la caída, terminando con una rodilla en el suelo al otro extremo del campamento.

Los árboles que le rodeaban se bambolearon y extendieron sus ramas, crujiendo y gimiendo cual gigantes que despiertan al cabo de eones de sueño. Hubo indicios de movimiento por todo el lugar, destacados en la tenue luz de la hoguera. Diversas raíces se deslizaron por el suelo y comenzaron a atacar ciegamente a Zhota y a los refugiados.

—¡Permanezcan cerca del fuego! —Ordenó Zhota.

Tanto el padre como el hijo se apresuraron a sacar troncos ardientes de la hoguera. Luego, agitaron sus antorchas improvisadas en dirección a las raíces expuestas que se abrieron

paso hasta el centro del campamento. Zhota cargó contra un pino cercano, barriendo las raíces que se abalanzaron contra sus pies. El monje descargó un aluvión de ataques contra el tronco, acto que remató incrustando su palma abierta en el mismo. Surgieron grietas alrededor de su mano, las cuales se extendieron en una violenta espiral hacia la parte superior del pino. Zhota retrocedió de un salto mientras el tronco estallaba en un diluvio de yesca. La parte superior del árbol se desplomó sobre un abedul adyacente.

Pese a que el pino fue destruido, Zhota percibió que el demonio seguía con vida. Sólo parecía haber disminuído el poder de su presencia profana. El monje abrió su mente hacia los árboles que rodeaban el campamento. Todos presentaban corrupción, pero únicamente eran títeres bajo el control de un ente individual.

Sus ojos se posaron sobre el roble ancestral que había permanecido inmóvil y sin vida aparente. De súbito notó que el demonio extendía su influencia desde el interior del tronco gastado.

Como respuesta después de ser descubierto, el tronco del roble se abrió para formar algo que se asemejaba a unas enormes fauces cubiertas de musgo. Emitió un chillido agudo que perforó la noche e hizo flaquear las rodillas de Zhota. Los refugiados se desplomaron, cubriéndose los oídos y lanzando gritos de agonía.

Los otros árboles se detuvieron mientras el demonio concentraba su poder, trayéndolo de vuelta al roble. Las ramas se deslizaron por el campamento hacia Zhota, como multitud de lanzas con puntas afiladas. Éste se hizo a un lado y trazó un arco amplio con su bo, descargando una navaja invisible de aire puro contra las nudosas extremidades.

El roble dejó escapar un alarido de furia y reanudó el asalto con el remanente de sus miembros destrozados. Zhota evitó el embate de las ramas de un salto y aterrizó frente a la base del árbol. El monje clavó el bo en las mandíbulas del árbol con un brutal movimiento y se concentró en un solo punto en el extremo del arma.

La criatura se convulsionó. El tronco pulsaba mientras un torrente de energía divina surgía de sus fauces. Las llamas consumieron el centro del árbol y éste quedó reducido a una cáscara ennegrecida y humeante.

—¡Oh, divino! —Gritó el padre detrás de él.

Al volverse, Zhota vio que una de las extremidades del roble había perforado el hombro del hijo, clavándole al suelo. El joven estaba inconsciente pero aún vivía.

—Sólo es una herida superficial. Vivirá con su ayuda, oh divino. —Dijo el padre mientras se arrodillaba junto a su hijo.

Sí, deseaba responder Zhota. Como todos los monjes había sido bien entrenado en las artes de la sanación. Inspeccionó la piel en torno a la rama amputada del roble. La sangre era de saludable color carmesí, libre de corrupción... por el momento.

El padre miró a Zhota con ojos expectantes llenos de esperanza.

Zhota se obligó a decir las palabras vacías que le ordenaron recitar. —Ha sido contaminado, la corrupción evitará mis poderes divinos hasta que me marche. En ese punto surgirá y se apoderará de la mente y del cuerpo de su hijo. Es necesario entregarle a los dioses para que pueda estar en paz.

—¡No! —Gritó sorprendido el anciano. —No se lo lleve, es un muchacho fuerte; luchará contra eso. Juro por los mil y un dioses que lo mataré con mis propias manos si muestra indicios de corrupción, es lo único que queda de mi sangre.

El padre agarró los pies de Zhota débilmente, suplicando con desesperación. Ninguna parte de esta situación le parecía correcta al monje. Debía dar esperanza a los demás, no arrebatársela. Por un momento consideró ponerse en marcha pero, tan pronto surgió ese pensamiento, los recuerdos de Akyev regresaron con gran fuerza.

Zhota casi pudo ver a su maestro en el campamento, mirando a su otrora discípulo con vergüenza y disgusto. La última vez que estuvo en presencia de Akyev fue hace semanas, luego de pasar los ritos para convertirse en monje y recibir los tatuajes del orden y del caos en su frente. Un día después de que el fuego celestial apareciese sobre Ivgorod, se reunió con su maestro en una terraza del monasterio. Los vientos de la montaña agitaban las cintas con tonos de tierra —café, negro y gris— del viejo monje. El Inquebrantable, le llamaban a Akyev en ocasiones. Su fuerza y determinación eran todo lo que Zhota deseaba emular, pero temía que nunca lograría.

—Aquellos tocados por los engendros de los dioses del caos deben ser purificados. No preguntes ni intentes sanar sus heridas, es necesario asegurar que la corrupción sea contenida con presteza, —dijo Akyev al comunicar las instrucciones que recibió de los nueve Patriarcas; cabezas de la religión Sahptev y regentes supremos de Ivgorod. Como brazo militante de la fe, los monjes tenían la consigna de llevar a cabo los decretos que dictaban los líderes divinos del reino.

—Los Patriarcas han puesto frente a ti una tarea difícil, reservada sólo para los más devotos de nuestra orden, —prosiguió el Inquebrantable. Luego de mirar a Zhota por un momento, Akyev frunció el ceño. —Has obtenido el rango de monje, pero en ocasiones me pregunto si realmente estás listo. Hay veces que pienso que aún eres ese muchacho tonto que llegó al monasterio. Más bestia que hombre... algo salvaje en verdad, con ojos

oscurecidos por la emoción, la intuición y todos esos sentimientos fugaces que cambian caprichosamente al igual que los vientos. ¿Eres ese niño, o eres un monje?

—Ese niño ha muerto, —respondió Zhota.

—Demuéstralo entonces. Recuerda que cuando soplan vientos malignos, el árbol que se doble se quebrará.

Al día siguiente Akyev dejó el monasterio en una misión propia, Zhota salió poco después, pero las palabras de su maestro permanecieron. Un recordatorio constante de sus fracasos pasados.

La voz de Akyev retumbaba con más fuerza que nunca, crispante, cual choque de aceros, en los oídos de Zhota. El mero pensamiento de abandonar su deber lo llenó de ira y fue suficiente para impulsarle a seguir adelante.

*El deber lo es todo, se dijo. La palabra de los Patriarcas es la palabra de los dioses. ¿Quién soy yo para cuestionar sus métodos? Soy su instrumento.*

Los sagrados líderes de Ivgorod eran la reencarnación de los nueve humanos originales elegidos por los dioses para gobernar el reino. Cuatro se encontraban comprometidos con el orden, cuatro con el caos y uno permanecía neutral. Siempre trabajaban para preservar el equilibrio, lo que significaba, en ocasiones, solicitar que los monjes llevaran a cabo actos difíciles; tal era la naturaleza del mundo. El objetivo era mantener la igualdad entre orden y caos para que ninguno reinase sobre el otro.

—Hágase a un lado, —ordenó Zhota, pero el viejo no se movió.

—¡Mi muchacho *nunca* deshonró a los Patriarcas! ¿Así le recompensan? —El refugiado dio un paso hacia atrás y extrajo un cuchillo sin filo de entre sus pertenencias, las cuales yacían cerca del fuego. Posteriormente se lanzó contra el monje, descargando una tajada salvaje.

Zhota agarró la muñeca del viejo y la torció hasta que soltó el cuchillo. El padre gritó de dolor y cayó de rodillas. —Es mi único hijo, —sollozó.

Todo deseo de luchar había abandonado al hombre, quien se postró frente al monje.

Zhota se aproximó al hijo lentamente, recitando mentalmente uno de los juramentos ancestrales de la orden monástica. *Camino entre los dioses del orden y los dioses del caos. Los canalizo a ambos sin transformarme en ninguno, soy el guerrero que se encuentra en medio. Mientras actúe para preservar el equilibrio de las cosas, soy libre de pecado.*

*Libre de pecado.* Enunció en silencio mientras colocaba su palma sobre el pecho del joven. Zhota cerró los ojos y susurró un mantra para llenar al hijo con energía sagrada, un método

de eutanasia que aprendió de Akyev. Su función era conceder una muerte pacífica e indolora a quienes habían resultado mortalmente heridos y que se encontraban más allá de los poderes de sanación de la orden.

El monje sintió como el corazón del joven empezó a latir cada vez más despacio hasta que se detuvo. Luego, preparó una pira de madera y purificó el cadáver con fuego.

Los huesos ya estaban calcinados y ennegrecidos cuando la luz del alba comenzó a despuntar a través del bosque. Zhota reanudó la marcha solo, consciente de que debía llevar la cabeza en alto por haber cumplido la voluntad de los Patriarcas. Sin embargo, sólo podía pensar en el viejo destrozado que dejaba atrás. Sus últimos vestigios de esperanza disipándose mientras se arrodillaba frente a los restos de su hijo y oraba a dioses que ya no escuchaban.

\*\*\*\*

Zhota halló la caravana masacrada tres días después.

Había ocho cadáveres en total, regados a lo largo de un pequeño claro cubierto por una capa de agujas de pino. El monje se cubrió la nariz con la cinta que llevaba alrededor del pecho y abrió su mente hacia los alrededores en busca de demonios; no halló ninguno.

Más de dos docenas de sacos de provisiones se encontraban regados junto a una fornida bestia de carga, la cual había sido partida por la mitad a la altura de sus inmensos hombros. Eran demasiadas provisiones para un solo animal, aún con la fuerza y tenacidad que poseían dichas criaturas. Cerca del camino, Zhota se topó con tres series de huellas de pezuñas y cada una iba en dirección distinta.

Los cadáveres humanos hedían, el deceso de la caravana no podía tener más de un día. Buena parte de las víctimas vestía togas de color gris apagado, comunes entre los habitantes de la Gorgorra. Sin embargo, las hachas y espadas finas que yacían junto a varios de los cuerpos no dejaban traslucir la simplicidad de los atuendos.

El monje se arrodilló junto a uno de los muertos, un hombre fornido que poseía las manos encallecidas y marcadas de un guerrero. Varios gusanos se retorcían en las múltiples heridas que cubrían sus brazos y pecho. Al parecer, casi todos los viajeros fueron torturados antes de morir.

Un cadáver particular llamó la atención de Zhota. La mujer fue desnudada y lanzada al, ahora ennegrecido, foso para el fuego en la parte central del campamento; sus piernas



calcinadas por completo. A diferencia de las demás víctimas, le faltaba la cabeza. Zhota examinó el claro una vez más, pero no la encontró por ningún lado.

Fue una masacre planeada. Este sitio narraba una historia y el monje lo sabía, pero los Patriarcas no lo enviaron a la Gorgorra a desentrañar misterios. Sólo necesitaba purificar los cuerpos antes de partir.

Zhota notó algo medio enterrado en las cenizas del foso de fuego y lo sacó. Una flauta de madera con inscripciones elaboradas e incrustaciones de bronce, el juguete de un niño. El monje recordó que al llegar al monasterio e iniciar su entrenamiento llevaba consigo una flauta similar. En la orden monástica, y en Ivgorod, se honraba a la música, pero Akyev no compartía el gusto que tenían sus camaradas por las artes. Al hallar la flauta entre las pertenencias de Zhota, la partió por la mitad y la lanzó por el borde del Monasterio del Cielo Flotante.

Después de sacudir el hollín que cubría el instrumento, Zhota se lo llevó a los labios. Las notas eran una ausencia de armonía quebrada, tan vacías y carentes de significado como lo había sido su vida antes de unirse a la orden monástica. Se preparó para lanzarla de vuelta al foso, pero al final decidió conservarla. Sostener la flauta le envalentonaba de modo extraño y se sintió casi tranquilo. Deslizó el objeto entre sus cintas, convenciéndose de que serviría como recordatorio del muchacho débil e ignorante que alguna vez fue.

La densa bóveda al borde del claro se agitó de súbito.

Zhota se incorporó de un salto, volviéndose hacia el ruido. —¡Muéstrate!

Una cascada de hojas muertas cayó a unos cuantos metros del claro. Zhota avanzaba con cuidado a través de la penumbra del bosque, cuando una silueta pequeña saltó de una enorme rama y se internó más en el bosque.

El monje lo persiguió. El corredor llevaba las mismas togas de color gris apagado que los viajeros muertos. Al parecer era un niño, bastante torpe por cierto. En su huida, la silueta tropezaba con las raíces de los árboles y chocaba contra sus troncos.

Por fin logró derribarlo. El muchacho se retorció bajo su agarre y comenzó a sollozar. Cuando Zhota le quitó la capucha, se topó con una abominación que le provocó un gélido escalofrío.

Era un niño que no podía tener más de diez años. Su cabello largo y casi traslúcido fluía sobre la tierra fría, delimitando un rostro delgado y desvaído. Su piel tenía el aspecto de hueso blanqueado por el sol; sus ojos...

Sus ojos eran totalmente blancos y lloraban lágrimas de sangre.

\*\*\*\*

El muchacho ciego permaneció en silencio aún días después de que Zhota purificó los cadáveres de los viajeros y prosiguió su jornada. Asimismo, ignoró las preguntas que el monje formuló con respecto a la caravana. Comenzó a pensar que el muchacho también era mudo, hasta que una noche murmuró “mamá” entre sueños.

El joven intentó huír en varias ocasiones, lo que obligó a Zhota a quitarse una de sus cintas y atar con ella las manos del muchacho; también serviría como correa improvisada. La decisión de llevarlo con él no fue sencilla, pues su mera apariencia lo llenaba de aprensión. El monje entretuvo la idea de que el muchacho era un demonio con apariencia de niño, pero tal pensamiento se desvaneció rápidamente. *Nada en la Gorgorra es lo que parece.*

El muchacho era extraño, pero Zhota no había percibido nada demoníaco en su interior. Parecía atento a sus alrededores, sólo como alguien que nunca había dependido de su vista podía serlo. Aún así, el niño se tropezaba constantemente con rocas mohosas o raíces expuestas, reduciendo el paso de Zhota al de un caracol.

Lo más preocupante era que el joven tenía el aguante de un perro moribundo. No podía viajar más de medio kilómetro sin la necesidad de detenerse a recuperar el aliento. Asimismo, cuando el llamado de las aves o de otras bestias se escuchaba en el bosque cercano, el niño iría en pos del sonido, embelesado con curiosidad pueril. Zhota consideraba abandonarle, pero el monje tenía la esperanza de obtener más información acerca del ataque que sufrió la caravana.

No obstante, el necio silencio del muchacho persistía. Si el pequeño quería jugar, Zhota decidió que él también jugaría.

—Aprisa niño demonio, —Zhota tiró de la correa.

—Cuidado al pisar aquí niño demonio, —dijo mientras guiaba al muchacho sobre un estrato de rocas.

Provocó al niño durante el resto del día, observando como su piel se tornaba roja por la furia. Finalmente, éste no aguantó más y se resistió al agarre de Zhota. —¡No soy un demonio!

—Vaya, puedes hablar.

El niño hizo una mueca e inclinó la cabeza.

—Dime tu nombre muchacho, estoy aquí para ayudarte.

—Mentiroso, me engañaste. Tocaste la canción equivocada.

—¿Engañarte? Quizá debí dejarte allá atrás, ¿cuánto tiempo crees que un niño ciego podría sobrevivir en la Gorgorra? —Zhota recordó la flauta que llevaba entre su cinta.

El monje sacó el instrumento y se lo extendió al niño. —Entonces esto es tuyo.

El joven agarró aire hasta que encontró la flauta y luego la abrazó contra su pecho. Lágrimas de sangre brotaron de sus ojos y se precipitaron sobre delgadas venas rojas; casi parecía que su rostro fue cortado con una navaja fina.

—Madre... —Susurró el niño. —Me prometió que me llamaría con nuestra canción. Cuando escuché la melodía, estaba mal... completamente mal; pensé que la había olvidado. —Se volvió hacia Zhota y le clavó su ciega mirada como si pudiera verlo, arrugando el rostro por el enojo. —¿Qué le hiciste?

—Si tu madre estaba en el campamento, ahora se encuentra con los dioses, —dijo Zhota al recordar a la mujer sin cabeza en el foso para el fuego. No le veía el caso suavizar la verdad con evasivas o falsas esperanzas. —Tanto ella como los demás se toparon con su destino mucho antes de que mi camino me llevara hasta ellos.

—Los dioses me dijeron eso —comentó el niño—, pero no quería creerles.

—Sea cual fuere la fuerza maligna responsable, ésta se ha ido. Ya no te dará más problemas.

—No, —respondió el niño. —El demonio que nos atacó sigue libre. La gente del campamento me ocultó en el árbol y luego soltó a las bestias para engañarlo. Cuando el monstruo descubra que no estoy con ellas, vendrá a buscarme de nuevo. Mamá dijo que no dejaría de perseguirnos hasta que ambos estuviéramos muertos.

—Los demonios en este lugar matan indiscriminadamente, pero no persiguen a los viajeros durante días. Ahora, dime tu nombre y de dónde vienes. ¿Tienes parientes en la Gorgorra?

—No me crees, —dijo el niño, ignorando las demás preguntas de Zhota.

Esa noche, una vez que Zhota preparó el campamento, el muchacho se hizo ovillo para dormir al calor de la hoguera con la flauta entre sus brazos. La obstinación del muchacho era irritante, pero el monje se preguntaba por qué los dioses hicieron que sus caminos se juntaran; si no para salvaguardar al muchacho. Estaba indefenso... solo... aterrado...

—Los plebeyos con los que te encuentres intentarán apartarte del deber con sus lágrimas y penas. Debes ser más sabio que ellos y no desviarte del buen camino, —le advirtió Akyev.

Zhota admitió que las palabras de Akyev contenían sabiduría. Fue enviado a restaurar el equilibrio en la Gongorra, no a cuidar huérfanos. Sin embargo, no podía sólo abandonar al niño.

El monje pasó los dedos sobre las lecciones inscritas en su bo, pero se detuvo en una hendidura profunda cerca de la parte central del bastón. La marca era fea y estropeaba las bellas inscripciones que Zhota había grabado en la madera, pero Akyev le prohibió repararla; de lo contrario olvidaría su significado.

—Tu arma sólo es tan fuerte como tu espíritu, —le dijo Akyev el día en que su bastón recibió la tajada. Los monjes buscaban convertir sus cuerpos y mentes en instrumentos de justicia divina. Espadas, bastones y otros implementos de batalla eran, de cierto, algo innecesario. Sin embargo, la orden consideraba benéfico el entrenamiento con todo tipo de armas para aumentar su proeza marcial. No era raro que un monje blandiera algún tipo de arma y lo utilizara como extensión de su espíritu, perfectamente equilibrado para concentrar sus ataques con la mente. Akyev era partidario de tal método y, con los años, había pasado considerable cantidad de tiempo impartiendo a Zhota su filosofía sobre las armas.

—El ígnaro considerará que tu bo está hecho de madera simple, algo fácil de romper, —prosiguió Akyev. —Sin embargo, éste sólo se astillará si dudas. De este modo, mientras camines por la vía del deber, no hay razón para que eso suceda.

Zhota y su maestro se reunieron en uno de los campos de entrenamiento amurallados del monasterio. Los días de práctica con espadas sin filo y bastones huecos habían terminado, esta vez usarían armas reales.

El joven monje llegó repleto de confianza, pero ésta se esfumó cuando Akyev desenvainó su cimitarra. La espada carecía de ornamentos, pero Zhota sabía que era todo menos ordinaria. El Inquebrantable la forjó con sus propias manos, doblando el acero sobre sí mismo una y otra vez durante meses. Cada mañana oraba a Zaim, Dios de las montañas —su deidad patrona— para infundir fuerza indomable a la hoja. Ésta podía partir roca sólida y placas de armadura como si fuesen agua.

—El arma es un adorno, —dijo Akyev al ver el miedo en el rostro de Zhota. —Los Patriarcas decretan que mi hoja no es superior a tu bastón, ¿acaso cuestionas su sabiduría divina?

—No, —respondió Zhota, intentando sonar como si realmente creyera lo que decía.

Después de eso comenzó la práctica. Cuando Akyev descargó el primer golpe, la duda y la incertidumbre se apoderaron de Zhota. No era la espada lo que veía frente a él, sino el

hombre que la blandía, aquel que siempre fue su superior, quien nunca dejaba inconclusa ninguna tarea que se le asignara; sin importar la dificultad.

La cimitarra hendió el bo de Zhota, haciéndole caer de rodillas. Su maestro sacó la hoja y rugió con furia. —¡Tonto! Permitiste que tus miedos te guiaran, pude haberte matado.

Akyev miró con disgusto las cintas verdes, azules y blancas que cubrían el cuerpo de Zhota. —Tienes demasiado de los ríos en tu interior... en ocasiones inmóvil y tranquilo, en ocasiones turbulento.

Los tonos del atavío de Zhota representaban a Ymil, dios de los ríos. Dicha deidad se encontraba relacionada con la emoción, la intuición y las propiedades vitales del agua. Sin embargo, había algunos monjes —Akyev más que nadie— que decían que Ymil era caprichoso e indeciso. Como Zhota eligió a este dios como su patrono, los Patriarcas lo enviaron con Akyev. Tenían la esperanza de que la severidad del viejo monje templara la naturaleza indecisa del joven y viceversa.

—Nuestras tareas son simples; nuestras órdenes claras. ¿Por qué las complicas con incertidumbre? —Dijo Akyev mientras inspeccionaba la hendidura en el bastón de Zhota. —Tal es el precio de la desobediencia, lo que sucede al momento en que te alejas del deber. Cuando soplan vientos malignos, el árbol que se doble se quebrará.

La luna se encontraba a pleno cuando Zhota dejó de recordar aquella ocasión, tenía el pulgar en carne viva por acariciar continuamente la hendidura irregular en su bo. El muchacho aún dormía y verlo hacía que Zhota se enfureciera; deseaba no haberse topado con él en primera instancia.

*Carece de importancia*, se dijo Zhota. El pasado del huérfano y todos los misterios del campamento masacrado sólo eran distracciones, así que tomó una decisión conforme avanzaba la noche. Había aldeas al sur. Si seguían en pie encontraría a alguien que se hiciera cargo del muchacho.

En caso contrario, y si no hallaba un sitio seguro en tres días, le daría al muchacho la única opción restante: paz.

\*\*\*\*

Zhota se encontraba de pie en un pilar de luz que fluía por encima de la bóveda del bosque, aceptando el sol purificador del amanecer. Se apoyó en las puntas de los dedos de sus pies, los brazos en alto, la cabeza inclinada; barbilla tocando el pecho. Mantuvo tal postura por

más de diez minutos, tenía los ojos cerrados y salmodiaba mantras en silencio para aclarar su mente.

Su meditación matutina era lo más cercano al descanso que se permitía. Apenas y había dormido en las últimas semanas, viajaba de día y se mantenía alerta por la noche.

Pasaron cinco días y el niño seguía con vida. Como temía el monje, las aldeas que visitó se encontraban vacías. Diariamente Zhota fabricaba una excusa para explicar la razón por la cual aún no entregaba al muchacho a los dioses. Hoy intentó justificar su vacilación convenciéndose de que existía otra aldea cercana.

—Mishka... es mi nombre, —dijo el niño, interrumpiendo el estado de paz en el que se encontraba Zhota.

—Zhota, —gruñó y se concentró en sus mantras.

Al cabo de un momento escuchó un sonido ajeno, algo extrañamente dulce que no pertenecía a la Gorgorra. Cuando abrió los ojos vio a Mishka tocando algunas notas trémulas en la flauta.

El niño bajó el instrumento, —¿conoces “El Pícaro de los Túmulos Musgosos”?

—No, —dijo Zhota irritado pese a que sí la conocía. Era música de niños, repleta de extravagantes actos heroicos. Justo el tipo de canción que él habría tocado en su juventud.

—Esa era la canción favorita de mamá, la que tocaba cuando no había peligro. —Mishka sonrió de modo agridulce. —Puedo enseñártela.

—No es nec... —El monje no pudo completar la frase ya que el muchacho comenzó a tocar de todos modos.

Zhota suspiró y abandonó su postura de meditación.

*Deja que el muchacho toque si eso le hace feliz. Todo terminará pronto, se dijo.*

Cuando emprendieron la marcha del día, Zhota cargó a Mishka sobre sus hombros. Dos noches atrás, el niño tropezó con un árbol caído y casi se rompió el brazo. Desde entonces, el monje cargaba a Mishka de cuando en cuando para apretar el paso y mantenerle fuera de peligro.

Conforme avanzaban a través de los densos bosques de las montañas, el niño continuó su canción. Zhota intentó ignorar la tonada, pensando que el muchacho se cansaría, pero pronto llegó el anochecer y Mishka seguía haciendo escándalo con el instrumento.

No fue sino hasta la noche, después de que Zhota preparó un nuevo campamento, que la música lo golpeó de lleno. En algún punto recóndito de su mente escuchó risas y vio niños descalzos corriendo por una aldea de casas con tejados de paja sin preocupación alguna, inocentes e ignorantes del precario balance entre orden y caos que existía en el mundo. Le tomó un momento caer en la cuenta de que era su propia niñez.

*Cuando soplan vientos malignos, el árbol que se doble se quebrará.* Las palabras retumbaron en su mente.

—¡Suficiente! —Zhota le quitó la flauta a Mishka y la guardó entre sus cintas.

—Sólo quería que escucharas la canción, —dijo el niño, frunciendo el ceño.

—Una vez habría sido suficiente, no mil, —gruñó Zhota antes de controlar su irritación. Cuando vio a Mishka bajar la cabeza por la culpa agregó, —está oscuro y atraes atención no deseada.

Dijo esas palabras como excusa, pero media hora más tarde se convirtieron en realidad.

Dos silbidos agudos perforaron la noche. Zhota abrió su mente hacia los árboles en busca de movimiento, pero los dioses se encontraban tan reticentes como siempre. Poco después, dos hombres emergieron del bosque, ataviados en un conjunto variopinto de armadura que había visto muchas batallas.

Zhota supo de inmediato qué eran. *Bandoleros... mercenarios... hombres sin dioses.*

Los hombres dudaron al llegar al borde del campamento e intercambiaron miradas. Uno de ellos, un bruto de brazos gruesos y musculosos —con una cicatriz que se extendía desde su oreja izquierda hasta su barbilla— clavó la mirada en Zhota y se volvió para irse. El otro lo detuvo. Tenía un rostro apuesto y bien afeitado, delimitado por largo cabello negro que le llegaba hasta los hombros. Sus ojos esmeralda brillaban ávidamente con el fulgor de la hoguera y se encontraban clavados en Mishka.

—La noche es oscura, oh divino. —Dijo el hombre apuesto mientras apartaba la mirada.

—Entonces deja que la luz de mi hoguera te brinde tranquilidad, —Zhota concluyó el saludo ancestral. Aún con estos hombres, el monje no podía ignorar la orden de Akyev de no rechazar viajeros.

—¿Qué les trae a esta parte de los bosques? —Preguntó Zhota mientras los dos bandoleros se sentaban junto al fuego. Mantuvo su respiración bajo control y el rostro tranquilo, pero detrás de esa máscara analizaba los movimientos de los recién llegados en busca de debilidades. Los viajeros iban armados. El bruto cargaba una monstruosa hacha de batalla y su acompañante una espada bastarda en una funda que llevaba a la espalda.

—Lo mismo que a ti, —el hombre apuesto se calentó las manos frente al fuego. —Parece que los monjes están muy repartidos y tu orden ha solicitado ayuda a quienes esgrimen acero.

*Mentiras*, quería replicar Zhota, mas controló su lengua. Pensar que los Patriarcas empleaban bandoleros para ejercer su divina voluntad era sacrílego. Los hombres sin dioses sólo adoraban una cosa en la vida, el oro.

—¿Cuándo decretaron tal cosa los Patriarcas?

—No fueron ellos de manera directa sino uno de tus hermanos, quien patrullaba estas partes. Mencionó un demonio suelto en los bosques, un artero diablillo que porta la máscara de un niño ciego, cuya piel y cabello son blancos como la nieve. Sonreía en dirección a Mishka mientras hablaba. —Parece que ya capturaste al desdichado.

Mishka se agitó. —¡No soy un demonio!

—¿Entonces por qué estás atado? —Rió el hombre de la cicatriz.

—El demonio es el que me persigue, mató a mi mamá y a los demás. —Sangre comenzó a acumularse en los ojos de Mishka.

—Lágrimas de sangre... —El hombre apuesto hizo una mueca. —Si no eres un demonio, entonces estás maldito.

—No puedo controlarlo, sucede desde que nací. Mi mamá dice que sólo los tontos piensan que es una maldición. —Mishka estiró sus manos atadas hacia Zhota. —Me crees, ¿verdad?

—Silencio, —respondió Zhota mientras el miedo y la incertidumbre se abrían paso en su interior.

*Nada en la Gorgorra es lo que parece.*

Cabía la posibilidad, admitió Zhota, que algún estúpido miembro de su orden hubiera enlistado la ayuda de mercenarios. Si este monje consideraba que el muchacho era un demonio... ¿Había sido engañado todo este tiempo?

*No*, lo había observado durante días. Mishka sólo era un niño, si maldito por los dioses. Seguro corrían rumores de que un muchacho horroroso viajaba por el bosque y el otro monje consideró que tal cosa era verdad.

—¿Dónde está ese monje? Tengo que hablar con él acerca del niño.

—¿Es decir, acerca del demonio? —Dijo el hombre apuesto. —Se dirigía hacia el oeste la última vez que lo vimos, él nos encuentra a nosotros.



—Entréganos a la criatura, —agregó el hombre de la cicatriz. —El monje nos prometió su peso en oro. Necesitamos el dinero, hemos sobrevivido a base de raíces y carroña por días.

Zhota le ignoró. —Al oeste, bien. Buscaré a este monje.

—Iremos contigo, —declaró el bruto. —El monje nos debe algo por nuestro trabajo.

—Su trabajo ha concluido. —Zhota se incorporó y ayudó a Mishka a levantarse.

—¿Tienes el dinero para pagarnos? —Preguntó el hombre apuesto.

—Su recompensa es la gratitud de los Patriarcas.

El hombre de la cicatriz escupió cerca de los pies de Zhota.

Su camarada suspiró. —Ahí es donde tenemos un pequeño problema, ¿ves? El deber y el honor está perfecto para ti y tus hermanos calvos, mas no para nosotros.

Zhota respiró de manera controlada para calmar su ira, había sufrido la presencia de estos hombres por demasiado tiempo. —Por eso tu calaña vive en la mugre y la ignominia.

El hombre de la cicatriz se enfureció, pero su compañero se limitó a reír, emitiendo un sonido cargado de desdén y condescendencia. Seguía riendo entre dientes mientras desenvainaba su espada bastarda.

—Necio, ¿qué no? —Dijo. —Tu barba es mucho más corta que la del otro monje, seguro hace no mucho chupabas las sagradas tetas de los Patriarcas en tu casucha de la montaña.

Zhota permaneció inmóvil, todos sus músculos tensos. —Lo suficiente como para lidiar con dos hombres sin dioses.

—¿Dos? —Puede. —¿Pero tres? —El hombre apuesto silbó.

De la oscuridad detrás de Zhota surgió un chillido de madera con punta de acero. El monje giró y trazó un veloz arco con su bo, partiendo la flecha por la mitad a unos cuantos centímetros de su pecho.

Al volverse hacia el campamento, vio como el hombre apuesto rodeaba la hoguera para cargar contra Mishka. Zhota lanzó una estocada hacia las llamas con su bastón. Una oleada de aire surgió del bo y chocó contra el foso de fuego, lanzando troncos ardientes hacia el bandolero. La mayor parte de los restos encendidos rebotaron en su armadura, pero un ascua le surcó el rostro y se incrustó en su ojo derecho. El hombre lanzó un grito de agonía al extenderse las llamas por su cabello.

El bruto saltó sobre el foso de fuego y avanzó pesadamente hacia Zhota con el hacha en alto. El monje se mantuvo firme mientras el bandolero descargaba la gigantesca arma. En el último instante evadió el poco elegante ataque y el hacha de su agresor se clavó en el suelo del bosque. Usando su bastón, Zhota rompió los antebrazos del hombre, que reventaron cual vasijas repletas de vino; una lluvia de sangre y hueso astillado.

El apenas discernible sonido de la cuerda de un arco se escuchó detrás de Zhota. Éste rodó hacia un lado y la flecha pasó por encima de su hombro, perforando el pecho del hombre de la cicatriz. El atacante oculto maldijo, seguido del sonido de sus pisadas internándose en el bosque mientras se alejaba del campamento.

Zhota examinó sus alrededores. El hombre apuesto también estaba muerto, la piel de su cuello y rostro no era más que una masa de sangre y ampollas. Mishka, por su parte, ya no estaba ahí.

—¿Mishka? —Dijo con algo de miedo en su interior.

—Aquí, —respondió el niño mientras salía de debajo de un árbol caído. —Mintieron, el demonio envió...

—¡Silencio! —Rugió Zhota.

Infinidad de pensamientos cruzaron su mente. Podía escuchar la voz de Akhev reprendiéndole. *Todo ha sido un engaño para que bajas la guardia. ¿Fuiste tan tonto como para no darte cuenta?*

—¿Por qué no me crees? —Preguntó Mishka antes de extender la mano y agarrar con fuerza la de Zhota.

Había algo de ironía en torno al niño que se encontraba de pie frente a él, tan inocente, no tenía idea de que Zhota decidió hace un par de días que le mataría. Fue ahí cuando el monje cayó en la cuenta de lo mucho que Mishka le recordaba a sí mismo cuando niño, lleno de confianza, esperanza y de otras cosas que el Inquebrantable detestaba. Éstas constituían el fango en el sendero del deber, esas partes infantiles de Zhota, aquellas que creía muertas por el entrenamiento.

Pero nunca murieron por completo. Ahora le revelaban una verdad difícil de creer, que Mishka únicamente *era* un niño asustado, solo y ciego en busca de una mano que le guiase a través de las sombras de la Gorgorra. Había una razón por la cual el dios del destino hizo que sus caminos se cruzaran.

—La verdad, —dijo Zhota. —¿Qué es este demonio? ¿Por qué te persigue?

El niño se mordió el labio inferior. Dudaba, pero habló al fin. —Papá lo envió.

—¿Y por qué haría un hombre tal cosa?

—Mi padre... no es *sólo* un hombre, —dijo Mishka con timidez.

Entonces contó la historia de su pasado.

\*\*\*\*

Una densa niebla descendió en la Gorgorra, difuminando el sol de mediodía y pintando el bosque en tonos de decadencia. Zhota caminó en círculos durante horas, con Mishka sobre sus hombros, hacia el oeste. Albergaba la vana esperanza de encontrar al monje que mencionaron los hombres sin dioses. No era la primera vez que Zhota se consideraba un tonto por creerles.

Aún así continuó la marcha. Si un miembro de su orden se encontraba en el área, tenía que hallarle y decirle la verdad con respecto a Mishka. El muchacho habló de su pasado hasta bien entrada la noche, una historia tan blasfema que Zhota se sintió sucio sólo de escucharla. Mientras más pensaba al respecto, más imposible le parecía, *¿y cómo pretendes convencer a un monje de su validez?*

Silenció sus dudas y siguió adelante. Transcurrió otra hora antes de que la niebla se aclarara y Zhota percibió un aroma a incienso al entrar a un pequeño claro. Era débil en un principio, un olor que contrastaba con el aroma húmedo y a tierra del bosque. No reconoció de inmediato las trazas de rosa sangrienta y madero de jade, pero se congeló al hacerlo.

Conocía ese aroma.

—¿Qué ocurre? —Susurró Mishka.

Zhota no respondió, no podía, su cuerpo se tornó rígido como la piedra. Conocía ese aroma tan bien como conocía su nombre. Era el incienso de Akyev, algo que estuvo presente durante todos los días del entrenamiento de Zhota.

De súbito se sintió pequeño y débil... justo como el niño que fue alguna vez; antes de que Akyev matara esa parte de él... o al menos intentara hacerlo...

El aire era fresco y vigorizante la mañana en que el joven monje conoció a Akyev, cuando el Inquebrantable le llamó a una de las terrazas del monasterio al despuntar el alba. Zhota había escuchado infinidad de historias acerca de la renombrada fuerza de su maestro y contó las horas hasta que finalmente pudo conocer al Inquebrantable e iniciar su entrenamiento.

Pero la dicha juvenil de Zhota moriría ese día, pues aprendería que el Inquebrantable era una extrañeza en la orden, un hombre dispuesto a hacer lo que fuera si eso significaba cumplir órdenes. Su fuerza y determinación sólo eran comparables con su fanatismo y actitud inflexible.

—Salta, —dijo Akyev mientras señalaba el borde de la terraza, ubicado en la cúspide de un acantilado de 250 metros.

Le tomó un momento a Zhota comprender que Akyev hablaba en serio. Fue ahí cuando el miedo lo golpeó. Sabía que moriría si obedecía esa orden, sin embargo, una parte minúscula de su ser creía que estaría a salvo. Ese sentimiento no se originó a partir del deseo de seguir órdenes ciegamente, sino que provino desde las profundidades de su ser. Al final, no obstante, Zhota atribuyó dicha noción a la locura.

Cuando su maestro lo agarró del cuello y lo arrastró hasta la orilla, Zhota gritó pidiendo misericordia. El Inquebrantable respondió a sus súplicas lanzándolo al abismo. Zhota cerró los ojos aguardando la muerte, hasta que se estrelló contra una saliente de roca dos metros más abajo; una saliente que no estaba ahí previamente.

Eso fue antes de conocer los secretos del monasterio, muros que no eran tal, escalinatas que no estaban ahí y toda una miríada de ilusiones para mantener alertas a los recién iniciados.

Después de la caída de Zhota, Akyev lo llevó de vuelta a la saliente. El joven monje temblaba de modo incontrolable. —Tiemblas como hoja al viento, —lo reprendió su maestro. —Eres esclavo del miedo y por ende nunca serás un monje. Sólo eres un muchacho asustado que no tiene cabida en la orden.

Cuando Zhota juntó el valor suficiente como para mirar a Akyev a los ojos, el Inquebrantable habló. —Debes escoger, ¿eres ese niño, o eres un monje?

—No soy ese niño, —respondió limpiándose las lágrimas.

—Así sea. Si éste llegase a mostrar su rostro de nuevo, no habrá una saliente para detener su caída.

Zhota expulsó el recuerdo de su mente y sacudió la cabeza. Ignoró su intuición ese día y no sería la última vez. Con el paso de los años, el Inquebrantable trabajó con ahínco para suprimir la insistencia que tenía su pupilo de confiar en sí mismo cuando se presentaban situaciones difíciles. No importaba si sus percepciones resultaban correctas, Akyev consideraba que la dependencia en uno mismo disminuía la capacidad de obedecer las órdenes de los Patriarcas y ejecutar su voluntad divina.

—¿Qué ocurre? —Preguntó Mishka al descender de los hombros de Zhota.

—Nada, —una inquietud fría se retorció en su estómago. Si se tratase de cualquier otro monje, quizá Zhota podría convencerle de la inocencia de Mishka, más no Akyev; no al Inquebrantable.

Zhota consideró abandonar esta parte del bosque, pero su maestro los encontró antes de que pudiera poner en práctica ese vergonzoso pensamiento. Akyev salió de atrás de un pino colosal, dirigiendo una bestia de carga que llevaba múltiples alforjas de cuero de distintos tamaños. El viejo monje tenía la apariencia de siempre, tranquila y ecuánime; sin trazas de gris en su negra barba. Los círculos del orden y del caos en su frente aún eran vívidos, como si hubiesen sido tatuados ayer y no hace muchos años.

—Zhota. —Akyev miró brevemente a Mishka, pero su rostro no delató señal alguna de sorpresa.

—Maestro. —Zhota juntó las palmas e hizo una profunda reverencia.

El viejo monje avanzó con pasos lentos y controlados hasta llegar frente a su otrora pupilo. Zhota le sacaba una cabeza, pero aún así se sentía en presencia de un gigante.

—Temía que no estuvieras listo, pero parece que me equivoqué. —Akyev miró a Mishka. — Tuviste éxito aún donde yo no. Los dioses son misteriosos en verdad.

Zhota rezumó de orgullo. Akyev nunca elogió sus esfuerzos y siempre encontró fallas en todo lo que hacía. Durante su tiempo en el monasterio, Zhota vio como otros monjes desarrollaban relaciones positivas con sus acólitos. Cuando los pupilos cometían algún error no se les castigaba, sino que se les mostraba el camino correcto; mas las cosas no funcionaban así con Akyev. Zhota luchó contra la naturaleza intoxicante de las palabras de su maestro, recordando lo que afligía al muchacho.

—Maestro, usted busca a un demonio, pero el muchacho...

—No es un muchacho —interrumpió Akyev—, nada en la Gorgorra es lo que parece. Mira el estado de este sitio sagrado, el equilibrio se ha perdido. Zhota, éste es el momento para el cual entrenamos durante nuestras vidas.

Akyev bajó la voz hasta que se tornó un susurro y señaló a Mishka. —Los dioses del orden tiemblan de desasosiego. Esta abominación que porta la piel de un niño sólo es un indicador más del terrible estado de las cosas.

El muchacho permaneció en extraño silencio durante el intercambio. Zhota se dio cuenta de que estaba paralizado por el terror. Sangre fluía de sus ojos y su cuerpo temblaba incontrolable.

*¡Es el demonio!* —Gritó Mishka de súbito—, ¡el demonio!

—¿Lo ves? —Dijo Akyev con calma. —La torcida criatura diseminará cualquier cantidad de mentiras para ocultar su verdadera forma.

*Abominación.* Lo absurdo de la historia de Mishka era una pesada carga para Zhota. Sabía que debía actuar con rapidez antes de doblegarse ante la duda, así que purgó de su mente la cautela y narró la historia del niño...

La noche anterior, Mishka le confió que era hijo de un Patriarca y su concubina. Debido a las deformidades del niño, su padre consideró darle muerte, pero su madre lo convenció de confinarlo a un rincón del palacio de Ivgorod. Mishka habitó durante años en ese sitio aislado, hasta que el fuego celestial hizo arder el firmamento. Conforme los rumores de fuerzas oscuras y profanas en la Gorgorra y otras regiones llegaron a Ivgorod, el miedo y la paranoia se apoderaron del reino. Estallaron las tensiones entre los plebeyos que buscaban respuestas con los Patriarcas... la salvación.

Los Patriarcas eran la voz misma de los dioses, paragonados de la rectitud. El que uno de ellos engendrara a un hijo como Mishka sería considerado, en el mejor de los casos, un mal augurio. Sin embargo, en estos tiempos oscuros y ominosos, tal prole pondría en duda la pureza del Patriarca en cuestión. Zhota supuso entonces que esa fue la razón por la cual el divino líder ordenó que su hijo fuera pasado a cuchillo. Sólo gracias a la labor de su madre y de algunos sirvientes leales, Mishka logró escapar de su destino en Ivgorod y llegó al profundo corazón de la Gorgorra.

Cuando Zhota terminó de hablar, Akyev le observó durante un buen rato sin discutir o cuestionar la historia. —Únicamente escuchaste las mentiras del demonio. —Dijo al fin.

—Es difícil de comprender, lo sé, pero considero que es inocente.

—¿Consideras? ¿Jurarías por tu honor como miembro de nuestra orden que tal cosa es verdad?

—Sí, —respondió Zhota con voz carente de convicción.

Akyev bajó la cabeza y respiró profundo. —Entonces me equivoqué...

—Tal como dijo maestro, nada en la Gorgorra es...

Akyev interrumpió las palabras de Zhota con una patada de giro al esternón, que expulsó el aire de los pulmones de su otrora pupilo.

El mundo se tornó negro y repiquetearon campanas en su cabeza. Entre el estruendo podía escuchar a Mishka gritando. Cuando regresó su visión, Zhota vio a Akyev erguido de manera imponente, sosteniendo al niño por el cabello.

—Me equivoqué contigo, —escupió Akyev. —¿Cómo pudiste salirte del camino así? ¿Fue un Patriarca quien me informó del demonio y sus engaños! ¿Quién eres tú para cuestionarle?

Zhota plantó su bastón en el suelo y se incorporó trabajosamente mientras las palabras del Inquebrantable lo golpeaban. *Uno de los Patriarcas le ordenó hacer esto. ¿Acaso los otros ocho no tenían cabida en la misión?*

—Mata a la criatura —ordenó el Inquebrantable— y tus transgresiones serán perdonadas.

El deseo de obedecer era opresivo. Zhota había vivido bajo las enseñanzas de su maestro durante tanto tiempo que desafiarlas casi le provocaba malestar físico. Sin embargo, una voz en su interior le susurraba que hiciera precisamente eso. Era una intuición, un destello de comprensión, como aquellos que Akyev siempre le dijo que silenciara durante sus años de entrenamiento. Iba contra todo lo que había aprendido que era lo correcto, pero, de modo inexplicable, brillaba con la luz de la verdad.

—No... él no es... —Zhota respiraba con dificultad.

Su maestro suspiró. —Albergaba esperanzas de que serías fuerte, de que te sobrepondrías a tus debilidades, pero aún eres un niño. Yo soy el único culpable de tus fracasos.

—Como dijo, maestro, los dioses se encuentran intranquilos. —Zhota se preparó para la blasfemia que estaba a punto de decir. —Al Patriarca que lo envió ya no le importa el equilibrio, el demonio que busca, si es que existe, aún anda suelto.

Akyev clavó una rodilla en el estómago de Zhota y éste se colapsó. Al mirar hacia arriba, vio la mano libre de su maestro trazar un fugaz movimiento. Zhota sintió dolor en su frente, algo tibio y húmedo corrió sobre sus ojos y su nariz. Cuando Akyev retiró la mano y tiró al suelo un trozo ensangrentado, Zhota cayó en la cuenta de que era la piel donde tenía tatuados los círculos del orden y del caos.

—¡No tienes derecho de portar esos símbolos divinos! No eres un monje... no. Regresa de inmediato al monasterio y espera mi regreso. Tu sacrilegio será expuesto ante el Patriarca.

El Inquebrantable se alejó, arrastrando a Mishka detrás de él. Zhota se levantó, luchando contra la vergüenza. Las lecciones y los fracasos inscritos en su bastón parecían quemarle las manos cada vez que los tocaba.

Furia... furia por todas las ocasiones en las que Akyev le había vencido, todas las veces que Zhota quiso creer en sí mismo pero el Inquebrantable se limitó a denigrarle; furia que surcó sus venas cual fuego.

Zhota cargó contra Akyev y golpeó el costado del cuello de su maestro con su bo. El impacto provocó que los brazos del joven monje temblaran como si hubiese golpeado granito sólido. Su bastón se combó y una larga cuarteadura apareció por el largo del arma.

Akyev trastabilló de manera casi imperceptible, pero fue suficiente como para que Mishka pudiera soltarse.

—¡Escóndete como dijo tu madre! —Gritó Zhota. —¡Sal sólo cuando escuches su canción!  
—Mishka corrió dando traspiés mientras se internaba en el bosque. Zhota sabía que no llegaría lejos él solo.

Pero Akyev mordió el anzuelo, desenvainó su cimitarra y avanzó hacia su otrora pupilo. La hoja emitía un brillo apagado en la penumbra del bosque. Zhota descargó su bastón contra el pecho del Inquebrantable, pero éste detuvo el embate con facilidad y luego trazó un fugaz arco bajo con su espada. Zhota apoyó un pie en el árbol que se encontraba detrás de él y saltó sobre el viejo monje y su ataque.

La hoja del Inquebrantable rebanó limpiamente el tronco del árbol y el enorme pino comenzó a desplomarse en dirección a la bestia de carga. El animal bufó y avanzó pesadamente cuando las ramas del árbol le rasguñaron el lomo, arrancándole las alforjas. Zhota hizo una mueca al momento en que el pino chocó contra el suelo al son de un estruendo.

Las pertenencias de Akyev se regaron en todas direcciones. Al rasgarse la alforja de mayor tamaño, algo rodó sobre un lecho de sal y hierbas. Estaba pálido, en descomposición, con mechones de cabello negro ralo y delgado.

La cabeza de una mujer con la boca abierta en un grito silencioso.

Todas las piezas encajaron en su sitio: la caravana masacrada, el cuerpo decapitado, el demonio.

Zhota miró a Akyev sin querer creer lo que veía. Su maestro era muchas cosas —quizá el más cruel y severo de los monjes— pero nunca pasó por su mente que pudiera ser un asesino.

Tampoco podía imaginar que los Patriarcas aprobarían la masacre de una caravana bajo ninguna circunstancia. No, todo estaba mal. Era evidente que el padre de Mishka era uno de los Patriarcas del caos y actuaba sin el consentimiento de los demás regentes. Quizá por eso eligió a Akyev, un hombre que obedecería sin cuestionar lo que se le ordenase.

Akyev ni siquiera miró la cabeza. Su cimitarra mordió profundamente el bíceps izquierdo de Zhota con un golpe preciso que cercenó los músculos y el brazo del joven monje se tornó laxo. Éste retrocedió trastabillando antes de recuperarse.



Zhota esgrimió su bastón con una mano y atacó la cabeza de Akyev a modo de finta, para después patear el estómago del Inquebrantable. Akyev lo agarró del tobillo y lo proyectó contra el árbol caído.

Antes de que Zhota pudiera apartarse, su maestro saltó hacia el frente y descargó su cimitarra. Zhota desvió el golpe con su bastón, pero de súbito sintió gran impotencia ante la leyenda que enfrentaba. Su mente estaba llena de dudas, al igual que durante sus días de entrenamiento. La espada desgajó su bo, pero la maniobra defensiva fue suficiente para desviar el ataque del viejo monje. La cimitarra de Akyev acarició diagonalmente el pecho de Zhota, dejando una herida superficial.

Zhota intentó incorporarse usando su brazo sano, pero se desplomó por el dolor y la derrota.

—Luchaste tal como esperaba, sin gracia ni determinación, —declaró Akyev.

—Sabe que el niño no es un demonio, maestro,—logró decir Zhota.

—Sé lo que me dijo el Patriarca, no lo cuestiono.

—La caravana... usted mató a esa gente.

—Cumplí con mi deber.

—¿Fue necesario contratar hombres sin dioses? ¿El asesinato de inocentes?

—Los bandoleros sirvieron como herramientas, así como yo soy instrumento de los divinos. Los habría enviado a los dioses para que les juzgaran si me hubiesen entregado al demonio. Los demás protegieron a la criatura. Cuando pregunté hacia donde huyó, maldijeron a los Patriarcas. Los viajeros murieron como los perros que eran.

Akyev hizo un gesto en dirección a la cabeza cercenada. —Eso pertenece a la demonio, lo tomé como prueba de su muerte. Ella era esclava del niño demonio, una prostituta que la criatura enviaba a las aldeas para atraer nuevas víctimas.

—Mentira, —dijo Zhota. —Su padre, el Patriarca, se ha convertido en homicida porque tiene miedo. Cree que los plebeyos lo considerarían corrupto, e incluso que se levantarían en su contra, si se enteran de que engendró a un niño deforme. Ha abandonado el equilibrio a favor de sus propios fines.

—Nunca entenderás lo que significa el deber, —replicó Akyev. —Condenas mis actos con la perspectiva de un corazón humano cuando éstos los dictaron los dioses. Eres menos que un hereje, no más que una mancha en mi honor y en nuestra orden. Te enviaré a los dioses para que te juzguen.

—Usted sabe que sólo es un niño, ¿no? Sin embargo, elige ignorar la verdad, —dijo Zhota mientras el Inquebrantable alzaba su cimitarra. Hubo un fugaz destello de incertidumbre en los ojos de su maestro.

No obstante, Akyev descargó el golpe. La velocidad del tiempo pareció disminuir mientras el acero descendía. Con claridad súbita, Zhota cayó en la cuenta de que no era él quien se tambaleaba, sino Akyev. En su debilidad, el Inquebrantable se había doblado ante el incipiente caos y cerró los ojos ante la verdad.

Zhota oró a los dioses silenciosos que le rodeaban para que le concedieran fuerza. Si quedaba inocencia alguna en la Gorgorra, sabía que era Mishka. Zhota se concentró en este pensamiento, recordándose que actuaba según los principios del equilibrio. Silenció el miedo y el dolor, concentrándose en la superficie de su palma derecha, fortaleciéndola con su voluntad mientras la alzaba para detener la hoja.

La cimitarra del Inquebrantable chocó contra su mano. El peso de la espada era como el de una montaña entera queriendo aplastarle, pero su filo no penetró la piel de Zhota. No se doblaría como Akyev, no se quebraría.

—Sólo es un niño, —gruñó Zhota entre dientes mientras sus dedos se prensaban en torno a la espada. —¡Aún puede hacer lo correcto!

—¡Silencio! —Gritó el viejo monje. Sudor perlaba su frente mientras intentaba arrancar su cimitarra del agarre de Zhota. Al descubrir que eso era imposible, el Inquebrantable se inclinó hacia adelante, presionando el acero contra la mano de su otrora pupilo.

*No me doblaré, no me quebraré.*

Zhota dejó escapar un rugido salvaje y giró la muñeca. El arma de Akyev se partió cual madera seca y el viejo monje se fue de bruces con la súbita descarga de tensión. Zhota dio vuelta a la hoja y descargó una tajada vertical, un corte tan limpio que la cabeza de Akyev permaneció sobre sus hombros hasta que su cuerpo chocó contra el suelo.

\*\*\*\*

Zhota no sabía cuánto tiempo pasó tirado de espaldas, mirando hacia arriba con una mente tan clara como el cielo sin nubes que se desplegaba encima de la bóveda del bosque. Tampoco podía recordar lo que hizo después: curar sus heridas, salmodiar mantras de sanación, construir con dificultad una pira —mientras recuperaba la movilidad de su brazo izquierdo— con el fin de purificar el cuerpo de Akyev. Lo primero que recordó fue acercarse

la flauta a sus labios y soplar. Temía que no se acordaría de las notas de la canción que no había tocado desde su juventud.

Sin embargo, la tonada debió ser la correcta pues Mishka salió al claro.

—¿Zhota? —Preguntó débilmente.

—Aquí.

Mishka siguió el sonido de su voz y se detuvo a su lado.

—El demonio...

—No era un demonio, pero igual está muerto, —respondió Zhota.

El monje retiró la cinta que ataba las manos de Mishka y lo condujo hasta la cabeza de su madre. Quería darle al muchacho la oportunidad de despedirse antes de entregarla a los dioses, pero el niño sólo dijo. —No... no lo necesito, tengo la canción.

Al terminar, Zhota se preguntó qué dirección tomar. No estaba seguro de cómo reaccionaría el Patriarca al enterarse de que Akyev no regresó con la evidencia de la muerte de Mishka. Sin embargo, Zhota sabía que sería casi imposible que el regente encontrara a otro monje como el Inquebrantable, alguien a quien no le importara llevar a cabo actos de destrucción y crueldad sin sentido que atentaban contra la naturaleza misma del equilibrio.

Pese a las terribles cosas que aprendió recientemente, Zhota halló consuelo en el hecho de que Akyev y el Patriarca eran aberraciones. Como el estado de la Gorgorra misma, eran evidencia de la época de conflicto que había llegado al mundo, males que era posible corregir. Otros monjes, honorables guerreros que jamás habrían hecho lo que Akyev, arriesgaban sus vidas para rechazar a las crecientes fuerzas del caos. No cerraban los ojos ante los principios rectos que constituían los cimientos de la orden monástica, él tampoco lo haría.

Zhota condujo a Mishka de la mano fuera del claro y viró hacia el norte, en dirección a Ivgorod. Estaba decidido a informar lo acaecido a la orden; su camino jamás había sido tan claro como ahora. Por primera vez en su vida sentía que en verdad comprendía el significado de ser un monje.